

# Alfombra voladora vendo y otros cuentos

Victorina Carlassare



**La Pampa lee**

“Alfombra voladora vendo y otros textos” de Victorina Carlassare  
*Menciones de Honor en Certámenes de Pegaso Ediciones y publicados en Antologías correspondientes a los años 2000, 2004 y 2005.*

Imagen de tapa: *iQué lindo sería...!*, fotografía de Fabián Muñoz, 2007.

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

*Obras cedidas por el autor para esta publicación*

Colección: “La Pampa lee”

**Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología**

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075  
campnacionaldelectura@me.gov.ar - [www.me.gov.ar/lees](http://www.me.gov.ar/lees)

República Argentina, 2007

# YO, LA PAULINITA

VICTORINA CARLASSARE

Primogénita de la familia, estoy llevando desde siempre el nombre en verso de Luisina Paulina, diminutivos cariñosos de Luisa y Paula, que así se llamaban esas abuelas que desde Italia mandaban cartas en las que decían que soñaban con ver a esta nietita argentina...

De buen carácter, simpaticona y conversadora, siendo muy chiquita, era amiga de salir a la vereda y andar por el vecindario de casas dispersas de este pueblo de llanura, luciendo mis habilidades: recitar, bailar y cantar todo lo que había aprendido de mis padres y en las noches en que los italianos se reunían a tomar café y el vino casero, compartir las noticias llegadas desde el otro lado del mar y, además, cantar y cantar (Esto ocurría a mediados de los años treinta...)

También en la Escuela de Hermanas, yo, alumna del Infantil, era llamada a actuar en las fiestas y, aparte, repetir una y otra vez el famoso “Mastro Pietro” y “La Campagnola Bella”. Y empezaron a decirme “Paulinita”, “Paulinita aquí”, “Paulinita allá”. Así me dijeron muchos desde entonces.

En el barrio, en el que no había muchos chicos que vivieran cerca para jugar, andaba de patio en patio, de cocina en cocina, entreteniéndome a los mayores, que me atendían con enorme afecto y se divertían con mis ocurrencias de nena inteligente, y mis versos y mis cantos...

Mis vecinos preferidos eran los Sánchez, que estaban en la misma manzana que nosotros. Don Calixto y Doña Isabel eran tan, pero tan buenos conmigo, tan encantadores con sus cuentos y bromas -y ricas tortas fritas para convidar- que me pasaba horas con ellos.

Un día, Calixto, mientras martillaba y martillaba en su galpón de herrería, me dice:

–¿Vos sabés, Paulinita, que yo inventé una máquina para hacer plata...?

No alcancé a quedarme petrificada de sorpresa, cuando agregó:  
–Te la puedo vender–.

Volé más que corrí por el baldío que llevaba hasta mi casa entre piquillines y renuevos de caldén y margaritas del campo, a pedirle a mamá que la comprara.

Mamá escuchó mi cuento atropellado y sin dejar de coser en su máquina un bonito vestido para una de las señoras ricas del centro, preguntó tranquilamente: –¿Y cuánto cuesta?

Allá fue volando por el caminito la Paulinita –es decir yo, por supuesto– a preguntar el precio.

–Mamá quiere saber cuánto cuesta.

–¿Qué cosa...?– pregunta el hombre como sin saber de qué se trataba.

–¡La máquina de hacer plata...!

–¡Ah,...la máquina...!–. Se queda pensando... y por fin dice:  
–¡Cincuenta pesos!

(Por ese entonces cincuenta pesos era en verdad mucha plata)

Y allá va ella de nuevo –¡yo, la Paulinita!– a llevar la contestación y a rogarle a la mamá que la comprara, porque así se podría ir a Italia a ver a los abuelitos.

–Es muy cara– dice la madre, seria .

Vuelvo por el caminito a repetir la frase y don Calixto me mira y dice:

–Más barata no te la puedo dejar.

Sigo yendo y viniendo insistiendo con mamá por el negocio, hasta que ella acepta:

–Está bien; decíle a Don Sánchez que te la dé, y que con los primeros cincuenta pesos que fabriquemos se la vamos a pagar.

Y allá fui corriendo y saltando una vez más entre los arbustos y las flores aunque se había levantado el viento pampa. Iba feliz con la propuesta.

Don Calixto escucha, luego interrumpe el trabajo y con aire de lástima me explica:

–¿Vos sabés , Paulinita, que ya no la tengo...? ¡Hace un ratito nomás que se la vendí a los gitanos...!

Se derrumbó mi sueño. Estuve enojada un poco con mi mamá porque me pareció una tontería que no hubiera comprado esa maravilla; y también con ese señor que no esperó a que cerráramos el trato...

Yo, la Paulinita, tan inteligente como todos decían que era, y también tan inocente con mis cinco añitos, me quedé tristona, conformándome con sólo mirar las fotos de los abuelos...

## LA PAULINITA Y SU AMIGA

Los italianos de ese barrio, trazado en diagonal junto a la planta urbana de aquel pueblo de La Pampa, aún pequeño, se reunían con frecuencia en las noches, luego de las duras jornadas de trabajo y de una cena frugal, a compartir unas horas con sus “paisanos” de la Alta Italia. Se contaban una y otra vez las experiencias de la época de la guerra del 14, historias de sus primeras juventudes, de sus bailes, de sus amores, y siempre terminaban cantando, entre copas de vino casero y abundante café.

En realidad tenían por costumbre cantar siempre, y lo hacían mientras trabajaban, y las mujeres mientras cocinaban o lavaban la ropa, de modo que los pequeños hijos de todos aprendían no sólo la lengua de los padres junto a la propia lengua, sino también todas esas bellas canzonettas, tarantellas, y trozos de las óperas que escuchaban a diario.

Así que la Paulinita, que no se perdía nada y se las sabía todas, pizpireta como era, bien pronto cantaba en la escuela de las monjas, siendo centro de atracción, esas canciones en italiano que había oído desde su nacimiento.

Con su amiga Pampita, a quien conoció en el Infantil, que vivía sólo a dos cuadras de su casa, empezaron a visitarse seguido. Paulinita admiraba la muñeca Marilú de su nueva amiga que, a su vez, encontraba maravilloso su baúl de juguetes y de libros de cuentos de hadas...

Un día, a la hora de salida de la escuela -del Infantil, como se decía en aquellos tiempos-, Susana, prima de Pampita, las invitó a almorzar en su casa, que quedaba ahí nomás, cruzando la plaza. Quería que la Paulinita cantara y bailara para sus papás.

Allá fueron las tres. Comieron, charlaron, Paulina cantó y bailó contenta, todos aplaudieron mucho. A eso de las dos de la tarde, se despidieron de Susana, sus hermanos y sus padres, y volvían lentamente a sus casas por la vereda sombreada de acacias, en la avanzada primavera, raramente serena en esos tiempos de vientos constantes, jugueteando con sus carteras.

El padre de Paulina, viendo que su hijita no regresaba, luego de almorzar se vistió con sus mejores ropas, como correspondía para ir a la Escuela de las Hermanas, para ver cuál sería el motivo por el que habría sido puesta en penitencia, al mejor uso de la época.

Por allá las vio venir, entretenidas, ajenas a la preocupación que habían despertado. El padre no dijo ni palabra en el momento del encuentro, y ellas contaron con entusiasmo todo lo que habían comido y hecho en casa de Susana; pero él pensaba en la actitud incomprensible de esos señores del centro, distinguidos, profesionales, cultos, que no se dieron cuenta de mandar a las pequeñas a la casa e invitarlas para otro día, de manera que las familias estuvieran avisadas.

Los padres de Pampita , entretanto , estaban en la puerta ansiosos y cuando llegó la reprendieron muy duramente...

Paulinita escuchaba el llanto mientras seguía camino a su casa ... Para ella, el silencio del papá fue más que suficiente para entender que nunca debería quedarse sin permiso por el camino a la hora de salida de la escuela... Porque su papá jamás le había puesto una mano encima, pero cuando se enojaba y hablaba poco por algunos días en lugar de cantar como siempre con esa linda voz de barítono que tenía, esa severidad significativa le dolía de veras en el corazón...

## **ALFOMBRA VOLADORA VENDO**

La primera alfombra voladora de que se tuvo noticias en el barrio modesto de ese pueblo de llanura fue la que don Calixto Sánchez le ofreció en venta a la Paulinita, su vecina de cinco años, que estaba entusiasmada por comprarla porque don Calixto le había dicho que con unas palabras mágicas el domingo último lo había llevado a España a ver a los primos. La pequeña la quería para poder ir a Italia a ver a los abuelitos, pero se la perdió porque don Calixto le vendió esa alfombra mágica -mientras ella trataba de convencer a la mamá para que la comprara- a aquellos gitanos que andaban recorriendo el mundo y que hasta en Macondo habían estado, mostrándose interesados por todo y en especial por alfombras voladoras...

Don Calixto la había hecho de su puño y arte, entre tantas otras y entre docenas de almohadones de estilo búlgaro, sobre una arpillera que había sido bolsa de un trigo rubio de sol, trabajada con aguja veloz, con lanas de colores de los que ni el arco iris tiene.

El mismo don Calixto se quedó sorprendido por su idea, porque ocurrió que luego de haberle mentido miserablemente a la pobre ingenua vecinita -tiempo atrás la había ilusionado queriendo venderle una máquina para hacer plata de su invención-, probó la alfombra y voló de veras. Así que fue por eso que se la vendió a los gitanos y empezó a hacer otras.

Instaló un negocio fabuloso. Puso afuera de su gran galpón, que bien pronto se convirtió en un emporio, un enorme cartel :

“ALFOMBRA VOLADORA VENDO”.



Así, en singular. Es que siempre tenía una sola de éstas, tan raras...; nunca fabricación masiva. Las hacía de distintos materiales y para cada una tenía la fórmula correspondiente para que despegara. Alguna le robaron, pero se la devolvieron porque no podían hacerla volar si él no les daba el santo y seña, el abracadabra, el ensalmo. Pero siempre había una sola. Eso sí: fabricaba a pedido, para cada uso en particular.

Los sultanes del oriente se hicieron permanentes compradores y pagaban muy bien; las encargaban para realizar distintos periplos, de distintos tamaños, para viajar solos o con su favorita, o con sus muchas mujeres, es decir, con el harén completo. Algunas con doseles, con recamados especiales, con inscripciones. Ni él sabía de dónde le venía este poder, pero lo importante era que lo tenía... Y la fortuna que amasó en poco tiempo fue inmensa.

Pensó entonces que debería, más adelante, transmitir su habilidad -no la técnica de la confección de las alfombras sino la del encantamiento- al sobrino que había criado desde chico, aunque no sabía cómo podría explicarle eso que manejaba sin intervención de su voluntad, por influencia de una fuerza extraña. Pero como una mañana apareció muerto -quizá a causa de la preocupación que le causaba este misterio-, se llevó a la tumba el extraordinario don.

Dicen que toda la fortuna se desmoronó en un rato, se esfumó, explotó como una pompa de jabón. Desaparecieron, como si hubieran sido de humo, las espléndidas casas, palacetes deslumbradores que parecían irreales en ese lugar, y que había ido levantando con tan increíble riqueza.

Y reaparecieron los montecitos de caldenes en los alrededores, en el barrio modesto de ese pueblo de llanura.



---

## VICTORINA CARLASSARE

---

Nació en Santa Rosa en 1930 y falleció en esta misma ciudad en el año 2007. Maestra Normal Nacional, Profesora y Licenciada en Letras. Por sus trabajos pedagógicos y literarios ha recibido importantes premios provinciales, nacionales e internacionales. Coordinó Talleres de lectura y escritura. Algunas de sus publicaciones son: *Apuntes para un Vocabulario Rankül-Español*, *Español-Rankül*, *Pichipín el Indiecito Rankel*, *Mará la Liebre y Panguí el Puma* (Faja de Honor de la SADE 2005), *Viaje al Increíble País de los Campos Verdes* (Premio Nacional 'Hans Christian Andersen' al Mejor Cuento de Maravilla otorgado por la Sección Argentina del IBBY-1975), *Seis Cuentos para Andrea*.

---



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*  
**EDUCACIÓN**  
CIENCIA y TECNOLOGÍA

Ministerio de Cultura y Educación



GOBIERNO DE LA PAMPA

